

UNA FIGURA MAS ENTRE LOS BOTANICOS DE COLOMBIA

Por ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ

Uno de los frutos más interesantes del Foro de Florencia y Simposio de Leticia que, con carácter biológico, se celebraron en enero del presente año, 1969, fue la adición de un nuevo nombre, el de *Carlos Bertero*, a la lista brillante de los botánicos que han aportado sus fatigas al reconocimiento científico, minucioso, documentado e internacional de la flora colombiana. Una vez más la vegetación del país se manifiesta como el móvil más poderoso para atraer a nuestro territorio inteligencias de avanzada, y voluntades de sacrificio.

En la larga y erudita *Bibliografía Colombiana de Viajes —Viajeros Colombianos— Viajeros Extranjeros en Colombia*, que escribió y en 1954 imprimió ese gran investigador de nuestra cultura, que es el doctor Gabriel Giraldo Jaramillo, digno como ningún otro, de encabezar nuestra recién nacida política gubernamental de ciencias, en esa *Bibliografía*, digo, donde se hallan nombres de casi todos los exploradores botánicos de nuestro territorio, faltan los de Luis Née, del P. Louis Feuillé, y el de Bertero. Eso se debe a que ninguno de estos tres científicos dejó un relato de su viaje ni del itinerario que siguió y esto explica también porque Née, Feuillé y Bertero escaparon, hasta ahora, a los historiadores de la Botánica en el Nuevo Reino de Granada.

De Née habla en muchas de sus páginas la *Biografía de José C. Mutis* por Federico Gredilla. Fue botánico de la expedición de Don Alejandro, Marqués de Malaspina, aunque no el único, pues a su lado figuró Tadeo Haenke, activo colector. La expedición zarpó de Cádiz el 30 de julio de 1789 para fondear en Montevideo cincuenta y un días después; contorneó el continente suramericano por su lado del Pacífico, se detuvo en Panamá, que fue el punto donde Née se relacionó con el Nuevo Reino de Granada y con la historia de la botánica en Colombia; siguió a Acapulco y Filipinas, para completar, por el Cabo de Hornos, su regreso al Atlántico y a España. Allí el Marqués de Malaspina fue condenado a prisión en el castillo de San Antonio de la bahía de la Coruña. Las colecciones de Née que subían de las 10.000 especies, pasaron, en parte, a Cavanilles, quien publicó muchas de ellas en su *Icones*; otra mitad quedó en manos de Née para que les diera el acabado; pero él sólo alcanzó a imprimir sobre unas pocas, entre ellas el abacá filipino, *Musa textilis*, y la lechuguilla acuática, *Pistia stratiotes*, que las aves litorales migratorias han vuelto cosmopolita. Una carta de

Née para Don José C. Mutis, publicada por Gredilla y en el Epistolario del sabio gaditano por G. Hernández de Alba, en ambos sin fecha, da cuenta de sus viajes y hallazgos, con especial referencia al dichoso pleito de las quinas. (Sobre Née y la expedición de Malaspina me han servido de fuentes: Carlos E. Chardon, *Los Naturalistas en la América Latina*, Ciudad Trujillo, 1949, en las págs. 102 a 106; además, el libro manuscrito por Don Enrique Alvarez López, del Jardín Botánico de Madrid, con título: *La Botánica Hispana, no mutisiana, en el siglo XVIII*. De este Libro se publicaron extractos ensamblados como capítulo V del tomo I introductorio de la Flora de Mutis).

El mismo Gabriel Giraldo Jaramillo, en la Revista "Cuadernos", fundada en 1953, dirigida por Germán Arciniegas y publicada en París, en el N° 87 de agosto de 1964, redimió del olvido al P. Louis Feuillé (n. en Provenza 1660-m. en Marsella en 1732). Era religioso de la Orden de los Mínimos, botánico y astrónomo; publicó libros de ambas disciplinas, muy importantes en su tiempo, los que le merecieron un sillón en la Real Academia de Ciencias de París. En 1704 desembarcó en Cartagena para una larga permanencia. Por eso Giraldo Jaramillo titula su artículo: "Un Precursor de las Expediciones Botánicas, el Padre *Louis Feuillé*".

Para quienes asistimos al Foro de Florencia, fue muy importante la comunicación del Padre doctor Giovanni Piovano, venido de Italia para ese encuentro biológico en que nos dió a conocer la enérgica personalidad, los méritos científicos y el luctuoso final de su compatriota *Carlos Bertero*. La comunicación de Piovano, que aparecerá próximamente, según esperamos, en las Actas del Foro de Florencia y del Simposio de Leticia, lleva este título: *La Primera Aportación Italiana al Conocimiento de la Flora Colombiana. Las Colecciones del doctor Carlos Bertero*. Si su distinguido autor la pudo presentar con orgullo, en una reunión internacional de Biología Tropical Amazónica celebrada en nuestro país y en la capital del Caquetá, puerta de la Amazonia, para nosotros los colombianos significa una figura más en la serie luminosa de los botánicos de mayor categoría, atraída a nuestro territorio por el magnetismo de la flora patria y de nuestra privilegiada posición geográfica, en el momento menos propicio para todo viaje de serena investigación. Se confirma así la verdad de un viejo aforismo: mientras los polí-

ticos viven al día y se extinguen cada tarde, los científicos viven su mundo aislado, que es perenne porque su objetivo es construir el futuro.

Dice así Piovano: "El doctor Carlos Bertero, nacido el 14 de octubre de 1789 en Santa Victoria de Alba, en Piamonte, ahora conocida en todo el mundo por los establecimientos enológicos Cinzano: a los 22 años se doctoraba, en el 1811, en medicina, en la Universidad de Turín, con una tesis médico-botánica: "*Specimen medicum nonnullas species indígenas continens exoticis succedaneis*."

En la Universidad de Turín tuvo como profesor de Botánica al célebre Juan Bautista Balbis, director del Huerto Botánico desde 1801 al 1814, pero ya antes el doctor Bertero fue introducido en los secretos de la Botánica por el doctor José Camisola, autor de la *Flora Astese*.

Al doctor Bertero, estimado siempre por sus maestros, se le presentaba un brillante porvenir: le ofrecieron actividades remunerativas, pero él, no queriendo inclinarse a las directivas del gobierno de su tiempo, rechaza cargos y dignidades universitarias, no obstante las precarias condiciones en que se encontraba, dedicándose particularmente al estudio de la botánica.

Se familiariza con los trabajos de Bartolomé Caceta, de Carlos Allioni, de Ludovico Vellardi, de Juan Bautista Balbis; las excursiones de Cornaglia, de Molineri, de Piottaz, de Giusta a través del Piamonte, inflaman a C. Bertero, recorriendo casi todo el Piamonte, desde los Alpes hasta las colinas de las Langas, recogiendo y clasificando una cantidad de plantas conservadas actualmente en el *Herbario General* del Instituto Botánico de Turín. Durante dos años se dedica a la Flora del Piamonte.

En el 1816 el doctor Bertero sale de su Patria para profundizar su trabajo en el extranjero. Pero antes quiso pasar por París para encontrarse con el celeberrimo Persoon, con recomendación del Profesor Balbis y de su amigo Luis Colla. El Profesor Balbis, de Turín, pasó a la Universidad de Pavía.

En París traba amistad cordial con los Botánicos contemporáneos; al mismo tiempo se perfecciona en el estudio del castellano y del inglés con el fin de prepararse a las exploraciones de los territorios ultramarinos que tenía intención de visitar. El General Foujaz de Saint Fond, que entonces partía para las Antillas, bajo invitación de Persoon, le propone ser médico en la nave *Guadalupe* y él acepta, contento de poder entrar finalmente en contacto con la Flora Tropical. Durante el viaje todos fueron afectados por la fiebre amarilla, pero las medicaciones preparadas por C. Bertero salvaron a la tripulación, la cual le demostró el más rico agradecimiento y le dió gran fama, hasta el punto que al desembarcar en Martinica fue acogido con extraordinarios honores.

En Martinica se apreció cuánto valía como médico y como naturalista; se le ofreció la dirección

del Huerto Botánico y del Museo de Historia Natural a condición de que desempeñara estos dos cargos por dos años. El doctor Bertero no aceptó, para quedar libre y dedicarse a sus investigaciones.

Prosiguió el viaje hacia Guadalupe, que abandona en el 1818; en el 1819 visita Saint Thomé, y desde el 1819 al 1821 se traslada a Puerto Rico, a Santo Domingo, a Haití, y finalmente a Nueva Granada, Colombia.

Las localidades de Colombia por las que peregrinó Bertero son: Santa Marta, Barranquilla, Cartagena, Mompox y a través del río Magdalena.

Los movimientos de insurrección que lo alejaron de las Antillas le alejaron también de Colombia. Durante el viaje los piratas asaltaron la nave que le conducía, lo despojaron de todo lo que tenía, conservando solamente los paquetes de plantas que llevó a Europa y que casi todos los regaló a los amigos.

Vuelto a Piamonte, pensaba enriquecer la *Flora Pedemontana* de Allioni; emprendió de nuevo las exploraciones de montañas y llanuras, recogiendo un importante arsenal de trabajo, que serviría al abogado Colla para la redacción de sus seis volúmenes de *Herbarium Pedemontanum*.

Pero su pensamiento era siempre atraído por el trópico, y en el 1827 vuelve a París, encontrando a Persoon.

Traba amistad con Benjamín Delessert y con Augusto Piramo de Candolle: con ellos estudia las localidades americanas que pretendía visitar y por mutuo acuerdo se lleva a cabo la exploración de Chile. Bertero parte de Le Havre en el 1827, y después de 112 días de viaje desembarca en Santiago de Chile.

En marzo de 1828 parte para Roncagua; en el mes de mayo llega a Valparaiso, pasando después a la Isla Juan Fernández, a Mas a Tierra y Mas a Fuera. En la isla Juan Fernández recoge 300 especies de fanerógamas, alrededor de 2000 ejemplares.

En septiembre de 1830 parte para Tahití, donde recoge un rico material botánico. Una parte de este material lo lleva consigo en el 1831, durante el viaje de regreso, cuando la pequeña embarcación, destrozada por las olas, se sumerge en el Pacífico.

Con aquella embarcación perecía el doctor Bertero, italiano, y desaparecía también una gran cantidad de material botánico, recogido y preparado por él, todo lo que llevaba consigo, para poder estudiarlo hábilmente en Europa, fruto de su estancia en Tahití.

La trágica pérdida del doctor Bertero, en la flor de la vida, impresionó particularmente a los grandes botánicos de su tiempo: con él moría no solamente un escrupuloso indagador de la flora de Polinesia, sino también uno de los principales peritos de la flora Suramericana y de América Central. Se había abierto entre las filas de los botánicos un vacío que difícilmente se podría colmar.

El doctor Bertero enseñó a los botánicos millares de plantas. Candolle le dedicó el género *Berte-roa* (de la familia de *Cruciferae*); y alrededor de 300 plantas fueron dedicadas a su nombre por los Botánicos de entonces.

Hooker & Arnott, A. de Jussieu, Guellermin, Kunth, Dellie, Montagne, de Candolle, Colla, Morris, De Caine, Delessert, Née, Trinius, Balbis, Sprengel, Urban, Philippi, Vignolo-Lutati, etc., publicaron las plantas que él había recogido.

La parte de las plantas que dejó en Tahití las enviaron a París y, vendidas en pública subasta, fueron a parar a Alemania.

Las plantas tropicales que seleccionó el doctor Bertero se encuentran en los Museos y Huertos Botánicos de Turín, Ginebra, Berlín, París, Florencia, Mónaco, Wurburgo, Bolonia.

Las plantas de Chile se encuentran en Turín, París, Ginebra, Berlín, Kew, Londres (British Museum), Nancy, Leida, Montpellier, Marburg.

El doctor Bertero dejó un voluminoso manuscrito sobre las plantas tropicales, dividido en fascículos, de 1095 páginas, en el que trata de 1746 especies diversas.

Las plantas de Colombia las describe en el fascículo XI (año 1820): *Stirpium ad flumen Magdalenae in America Meridionali lectarum descriptiones*: fascículos XII, XIII y XIV: *America Australi Lectae* (año 1821).

En el manuscrito tenemos las descripciones de muchísimas plantas las cuales él consideraba como nuevas, o al menos como distintas a aquellas descritas por Willdenow o por otros autores.

Recordando los grandes precursores beneméritos de la Botánica colombiana, podemos poner, al lado de Mutis, Humboldt y Bonpland, al doctor Carlos Bertero, a la misma altura".

A los anteriores datos biográficos de Carlos Bertero, añade el Padre Piovano la lista de las plantas colectadas por el malogrado botánico en Colombia, especies que se conservan en el Instituto Botánico de Turín. No me ha parecido adecuado copiar ese catálogo en la revista de la Academia porque es algo largo para ella y los interesados colombianos podrán consultarlo fácilmente en las *Actas del Foro de Florencia y Simposio de Leticia, 1969*, libro próximo a su edición, al cual se dará la difusión conveniente y amplia.

El fin que nos propusimos está cumplido, pues era sólo añadir el nombre de Carlos Bertero a la serie de los botánicos que trabajaron en Colombia.

Mientras nuestro pueblo se debatía en las guerras de su emancipación y sus campesinos, enardecidos por esperanzas de libertad, se agitaban, un italiano fascinado colectaba especímenes de vegetales, los desecaba al sol del trópico y los atesoraba, como trofeos del pensamiento científico de su patria.

Su trágico fin me devuelve a la memoria las palabras de C. Christ, pteridólogo suizo, dichas a propósito de cierto botánico alemán que se ahogó en un río de Colombia cuando trató de alcanzar un helecho que pendía sobre las aguas:

*"Habent sua fata filices"*.

Hasta los helechos tienen sus hados.